

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 . .
 " Extranjero " . . . 1'50 . .

Los presos de septiembre

Es indudable que el actual presidente del Consejo de Ministros tiene la legítima aspiración de que su nombre pase a la historia, y está en camino de lograrlo. Pasó don Pedro I de Castilla, y entre éste y Canalejas existe algún parecido. Y no decimos que hay parecido entero, porque el castellano rey pasó a la historia con los sobrenombres de *justiciero* y de *cruel*, y el actual gobernante sólo se ha apropiado el último calificativo. Del de justiciero no solamente no se ha preocupado, sino que durante el período de su mando, lo que en la jerga política se llama justicia, ha quedado tan hecha girones en el Congreso, que será difícil recordarla para que tenga apariencias de bandera.

Pero sólo ha sido cruel con la clase trabajadora, a la que ha escarnecido, encarcelado y ahogado, aunque momentáneamente, sus anhelos de emancipación.

Con la clase burguesa todo ha sido contemplaciones. Ha visto impasible como en la prensa y en pleno parlamento se lanzaban acusaciones gravísimas contra determinados personajes, y todavía no sabemos que los acusados hayan sido molestados, y continúan ejerciendo la misión de legisladores.

Pero donde se revela más claramente la crueldad de estos demócratas de guardarrapa es en la prolongada prisión que sufren en Barcelona los compañeros a quienes un policía, Miguel Sánchez, tal vez por un precio de antemano convenido, constituyó en Comité revolucionario de una revolución que no ha parecido por ninguna parte.

Es público que a raíz de haberse descubierto el Comité fraguado por el citado policía, la prensa de todos los matices indicaba al señor Portela, gobernador de Barcelona, para ocupar la cartera del ministerio de Gracia y Justicia como recompensa al servicio prestado por el descubrimiento del ya célebre Comité, cuyos individuos—según la prensa—fueron fotografiados y llevadas las cartulinas para que las viera el jefe del Estado; pero también es cierto—aunque no es público—que uno de los presos escribió a Canalejas durante la estancia en Madrid del señor Portela manifestándole que nada de lo que le dijeran sobre el Comité era cierto y que le estaban engañando, como que haría demostrado en el sumario.

¿Hizo efecto esta carta? Lo ignoramos; pero el hecho es que a pesar de estar mucho tiempo vacante el ministerio para el que con rara unanimidad se indicaba al señor Portela, éste continúa en Barcelona y su nombre ya no suena como ministrable, aunque los componentes del Comité continúan presos.

Se ha dicho en la prensa y en los mitines que la continuada prisión de nuestros compañeros obedece a imposición del gobernador. Ignoramos lo que en esto haya de cierto, pues sería poco noble la venganza, y si bien es verdad que los niños cuando desean una cosa y no la consiguen apelan al derecho del pataleo, el gobernador puede darse por satisfecho con que después de demostrada hasta la saciedad la infamia policiaca, no le haya salido la aurora boreal.

Llevan cerca de nueve meses presos nuestros compañeros y su prisión aparece revestida de legalidad, por medio de un proceso, en el que no han podido ampliar sus declaraciones a pesar de hacer siete meses que lo solicitaron verbalmente del mismo juez.

El sábado último con motivo de la visita general de cárceles se personó en la misma Audiencia en pleno y al comparecer ante ella los compañeros Arnall, Negre, Salud, Herreros, Miranda, Cardenal y Coll, y manifestarles que el proceso que se les seguía era por rebelión, contestaron:

—Eso no es cierto; podrá ser esa la

verdad oficial, pero la verdad única es que estamos siendo víctimas de una infamia policiaca o gubernativa. El juez especial, que nos visitaba con frecuencia, no hemos vuelto a verlo desde que solicitamos ampliar nuestras declaraciones y creemos que este proceso es un proceso anormal y que sobre él pesa, más que el espíritu de justicia, la influencia del gobernador, que es a quien se han dirigido cuantos se han interesado por nosotros.

El presidente de la Audiencia les dijo que recurrieran en queja a la sala y llamaran al juez, a lo que replicaron:

—Ni llamaremos al juez ni haremos ningún escrito de queja; pues no queremos reclamar nada ni a nadie, y si protestar en este acto. Llevamos ocho meses resignados y esta es ya mucha resignación.

Celebramos que nuestros compañeros hayan adoptado una actitud enérgica y que continúen en ella. Por de pronto uno de ellos ha presentado la demanda recusando al juez instructor.

Es irritante que en España, en pleno siglo XX, al poco tiempo de haber sido fusilado en Montjuich el fundador de la enseñanza racionalista, haya siete obreros presos sin que contra ellos haya más pruebas que la delación policiaca y la actividad por ellos demostrada en la organización del proletariado.

Para terminar con esta situación es preciso que todos los amantes de la justicia sean pregoneros de lo que ocurre con este proceso, para que el sol de la verdad, sino puede irradiar sus destellos sobre los folios del sumario, despierte los corazones de los que en su buena fe no pueden comprender que esto ocurra.

Claro está que los presos han de recobrar la libertad: ¿pero cuándo? Los compañeros de Alcalá del Valle la obtuvieron cuando ya había muerto el bueno de Salvador Mulero.

No intentaremos excitar vuestra indignación hablándoos de tormentos materiales infligidos a nuestros compañeros; no ha habido nada de esto. Pero si hemos de someter a vuestra consideración los tormentos morales que suponen el que la compañera de uno haya muerto víctima de la miseria por verse privada de quien ganaba el sustento; que otro no haya podido prodigar las primeras caricias a su hijo, nacido durante su cautiverio y que otros hayan tenido noticia de que les han sido robados los muebles de sus casas, a pesar de estar vigilados por la policía.

Jamás la burguesía y sus representantes habían manifestado, como ahora, sus instintos de hiena y su odio a los que cumpliendo la ley del progreso anhelan una sociedad más justa, más humana que la actual; pero sírvanos de satisfacción también el ver que en la misma, o mayor progresión, se va inculcando en la clase trabajadora el espíritu de rebeldía, advirtiendo a nuestros enemigos que existe una fuerza potente que ha de arrastrarlos.

La burguesía y el gobierno aprietan cuando el pueblo aflaja, y viceversa, y mientras la clase productora sufre privaciones y opresiones, los privilegiados gozan del poder, de la opulencia y de la alegría, sin darse cuenta de la tormenta que a sus pies se forma.

Parodiando a Víctor Hugo, terminaremos este artículo diciendo a nuestros enemigos:

El sol está inmóvil en vuestro cenit; vuestra autoridad desconoce límites, disfrutáis de los placeres sin compartirlos con nadie, teniendo a los demás en completo olvido, y amordazándoos si se permiten haceros alguna objeción. Pero debemos advertiros que hay algo debajo de vosotros, acaso encima, y os participamos una noticia: el género humano existe y el proletariado despierta. No aleguéis ignorancia.

Contrato social

En el libro *Los primitivos*, de E. Reclus, en el que se detallan las costumbres de las razas naires, nilgheris, kolarianos, konds y otras encontramos el siguiente pasaje, que seguramente no se diferenciará mucho de la forma en que fué instituido el principio de autoridad:

Esbozamos a grandes rasgos una historia del *Contrato Social* más verdadero que el de Rousseau, reproduzcamos en sus

grandes líneas el establecimiento de la administración política y civil.

Un sujeto, hombre de cabeza y de puños, descubre una roca que domina un desfiladero, entre dos fértiles valles; se instala y se fortifica allí. El sujeto cae de improviso sobre los caminantes, asesina algunos y saquea al mayor número. Es poderoso, luego tiene derecho. Los viajeros que no quieren ser atropellados se quedan en casa, o dan un gran rodeo para evitar el peligro. El bandido, abandonado en la so-

lidad, piensa que en esta situación morirá de hambre si no entra en componendas. Si los peatones reconocen su derecho sobre el camino público, podrán salvar el mal paso pagando peaje. El pacto está concluido y el señor—que ya es tal—se enriquece.

Pero un segundo héroe, encontrando lucrativo el oficio, se instala en la roca de enfrente. También él roba y mata, establece sus derechos. Así diezma las rentas del colega, el cual frunce el entrecejo y gruñe en su reducto, pero reflexiona sobre los fuertes puños del competidor. Corsario contra corsario no fué jamás negocio. Se resigna con lo que no puede evitar y le pide parlamento: se pagaba al primero, pues que se pague también al segundo: es preciso que todo el mundo viva.

Sobreviene otro ladrón que se instala en otra revuelta del camino; desde lo alto de su refugio anuncia que también él quiere participar. Esta pretensión ofusca a los mayores, que comprenden que sus ingresos van a disminuir, pues si exigen tres sueldos al viajero que sólo dispone de dos, preferirá quedarse en casa más bien que exponerse a perder su persona y equipajes.

Nuestros economistas, al modo de Diego Corrientes y Juan Portela, se arrojan sobre el intruso, le amenazan y maltratan y le obligan a abandonar su guarida. Luego exigen dos sueldos más como justa remuneración a la pena que se han dado, expulsando al expoliador, legítima recompensa a las molestias que les ocasiona el impedir su regreso. Los dos señores, llegados a ser más ricos y poderosos que antes, se llamarán en lo sucesivo «Dueños del desfiladero, Vigilantes de las Carreteras Nacionales, Defensores de la Industria, Protectores de la Agricultura, Padres de la Patria, etc.», nombres todos que el cándido pueblo repite con delicia, pues al pueblo le gusta ser lapidado sin pretexto de protección y parece complacerse en pagar tributos a los vivos que saben arreglarse.

Así es como—¡oh, ingenio humano!—el bandolerismo se regulariza, se ensancha y desenvuelve, se transforma en mecanismo de orden público. La institución del robo, que no es lo que el pueblo vano cree, hizo nacer la propiedad y la policía. La autoridad política que se nos daba ayer aun, como emanación del derecho divino y bendición de la Providencia, se constituyó poco a poco por los cuidados de los salteadores de caminos con patente, por los esfuerzos sistemáticos de malandrines llamados hombres de experiencia. Los gendarmes han sido educados y formados por los bravos que, provistos de un palo nudoso, robaban por los confines del bosque, y saltando sobre el pasajero, le gritaban: «La bolsa o la vida». El impuesto fué la suscripción, la prima que impusieron los ladrones a los robados. Contentos y agradecidos, los esquilados se colocaron detrás de los caballeros del Camino Real, los proclamaron sostenedores del Orden, de la Religión, de la Familia, de la Propiedad y de la Moral; los consagraron Gobierno Legítimo. Ello fué un sorprendente acuerdo.

La bandera roja en Méjico

La revolución social en la república mejicana sigue su curso en progresión ascendente, mal que pese a los innumerables obstáculos que se le oponen.

El tesón y valentía de nuestros bravos camaradas del Partido Liberal Mejicano no tiene ejemplo.

La falta de armamento, la mayor todavía de municiones, la persecución incansante por las fuerzas del gobierno republicano mejicano, la miseria, los fusilamientos, la escasa solidaridad que las demás naciones les prestan, el incendio de los pueblos donde tienen sus viviendas... nada les arredra, nada les detiene. Su fiero valor a todo hace frente; ellos mueren y matan, pero la enseña roja no se arría jamás.

Dos años largos lleva ya de duración la desigual pelea; el gobierno se tambalea, su omnipotencia está en entredicho; la burguesía no se hace ilusiones sobre el resultado final de la homérica lucha, y en delirante desesperación, no sabe ya a qué medios ha de recurrir, pues ya ha empleado hasta los más salvajes. Todavía durará muchos años el batallar de los desposeídos por su emancipación económica; trances muy duros les esperan, con serlo mucho por los que pasan y haberlo sido por los que han pasado.

Cuando la burguesía mejicana haya perdido totalmente la esperanza, cuando el gobierno burgués se haya jugado la última carta, entrará en funciones el gobierno de los plutócratas norteamericanos, invadiendo con su ejército de mercenarios el territorio mejicano; pero si los camaradas del Partido Liberal Mejicano

han tenido arrestos para hacer morder el polvo de la derrota a la burguesía mejicana y a sus esbirros, también los tendrán para hacerlos morder a los servidores de los multimillonarios yanquis.

Los compañeros mejicanos no tan sólo han sido calumniados y combatidos por la burguesía y sus secuaces, sino hasta por algunos que se llaman obreros, y para mayor vergüenza, janarquistas!

Los embustes de estos farsantes han llegado hasta desorientar a concienciosos y sinceros luchadores como Grave y otros, pero en cambio han sido rectificadas a tiempo las denigrantes falsedades por compañeros de tanta valía como Greaghe, Kropotkin, Anselmo Lorenzo y muchísimos más que no recuerdo en este momento.

Para mayor esclarecimiento de la verdad sobre la revolución social mejicana, los amigos de la Junta revolucionaria de Los Angeles (California) han tenido el buen acuerdo de mandar ejemplares de la prensa burguesa mejicana a los compañeros de otras naciones, lo cual comprueba plenamente lo que dichos luchadores están hartos de gritar en todos los tonos, esto es, que: La actual revolución mejicana es un movimiento social económico para la abolición de la explotación del hombre por el hombre.

Los revolucionarios que luchan bajo la bandera roja y con el lema «¡Tierra y Libertad para todos!» dominan en los Estados Morelos, Guerrero, Oaxaca, Sonora, Sinaloa, Territorio de Tepic, Colima, Michoacán, Jalisco, Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Tamaulipas, Durango, Zacatecas, Guanajuato, San Luis de Potosí y otros, de donde el gobierno mejicano se ve impotente para desalojarlos.

Los que combaten en el Estado de Chihuahua, son los únicos políticos que luchan por derribar a Madero, actual presidente, y elevar en su lugar a Vázquez Gómez, a cuyos revolucionarios ha entregado la burguesía del referido Estado 200.000 pesos para los gastos de la campaña.

En el último número que hemos recibido del periódico reaccionario burgués *La Prensa*, que ve la luz en la capital de Méjico, leemos lo siguiente en un artículo encabezado «Las entrañas de la Revolución», lo que a su vez es reproducido en *Regeneración*, órgano del Partido Liberal Mejicano:

«Es pensar superficialmente y hablar casi en necio (¡atendiendo los Galleoni, Perrone, Intransigente y compañía!), cuando en privado o en público se presentan como causas de la revuelta, la célebre imposición de Pino Suárez, la falta de cumplimiento del Plan de San Luis, la presión electoral en los Estados, los altos fines del Plan de Ayala, el naufragio de la democracia por culpa del Presidente Madero, las influencias del nepotismo, la falta de gratitud para grandes servidores de la revolución de 1910 imaginaria, la ruptura con el Partido Anti-releccionista, y, en suma, todo ese castal de reclamaciones que bien vistas poco valen en las balanzas de un criterio científicamente equilibrado.

«En uno de nuestros artículos anteriores, indicábamos la formidable causa de la revolución: el hambre lenta y en algunos casos aguda, de las clases populares, especialmente la rural.

«Los peones y rancheros de pequeña fortuna o sin fortuna, pero de pequeño sueldo, pueden desaparecer con motivo de las medianas o malas cosechas de artículos alimenticios. Cuando las masas rurales se encuentran discriminadas en el campo como las bestias en los poteros, se pueden morir de hambre silenciosamente, sin preocupar a los políticos, ni a los periodistas, ni a los principistas, ni a los jefes de bandas burocráticas. El criterio primitivo de esas masas las identifica con el criterio de las reses que mueren de sed y de hambre a causa de la sequía, sin pensar instruir de sus desgracias a la prensa de la capital y a la Prensa Asociada, para que lo participe a todo el Universo. Pero cuando a esas masas llegan los agitadores y transforman el criterio bestial en criterio socialista, entonces las cosas cambian de modo horrible y se producen revoluciones verdaderamente profundas y con apariencias de incorregibles como la presente.

«Para que la revuelta termine de una manera radical y definitiva, es indispensable que las grandes masas populares rurales y aun las de las ciudades, coman lo suficiente para vivir y para procrear con facilidad.

«La paz no volverá a los espíritus antes que la buena alimentación replete los vientres de las clases pobres».

Y desaparezca la inicua explotación del hombre por el hombre, decimos nosotros.

La verdad sobre el aspecto económico de la revolución mejicana queda patentizada de modo indudable por la misma prensa burguesa mejicana, después de callarlo cuidadosamente durante dos largos años.

¡Se callarán ya de una vez los Galleoni, Perrone, etc., etc.! Si no, será cuestión de imponerles el silencio.

Recomiendo la lectura de los anteriores recortes a toda la prensa obrera por si creen llegado el caso de ayudar con algo más que alabanzas a los que por el pan y la libertad integral de todos, luchan con bravura inconcebible en los campos mejicanos.

Lo mismo he de decir a los sindicatos obreros que a pesar de recibir muchos de ellos el

periódico *Regeneración*, órgano de nuestros rebeldes compañeros, no tan sólo no les ayudan mandándoles socorros, que ni siquiera les mandan el precio de la suscripción ni les avisan suspendan el envío si no quieren recibirlo, quedando a la altura moral de los suscriptores *ful*.

¡No es una vergüenza ser obrero, asociarse para defenderse de la explotación burguesa y consentir en que aquellos bravos y sufridos camaradas amengüen los escasos recursos que reciben en comprar los sellos necesarios para el periódico que les envían!

Es una cuestión de conciencia y hasta de dignidad el ayudarles.

JUAN SINTIERRA

El instinto de conservación

Este está pervertido y anulado muchas veces, dadas las condiciones antagónicas de nuestra sociedad. Se lucha en ésta, no para conservarse, sino para superarse, aunque esta superioridad sea ficticia y no conduzca más que a la muerte total o parcial de la energía vital.

La vida es sencilla, pero el ser humano se complace en complicarla creando necesidades engendradoras del dolor.

Por eso son los hombres ignorantes eternos y marchan por el mundo perdidos, vacilantes, arrastrados como ciegos sin lazarillo.

Todo el sufrimiento que ocasiona el esfuerzo que se dirige a afianzar la explotación humana, queda dispensado con la absurda premisa de que *por la vida se pierde la vida*.

En conclusión, el instinto de conservación en una sociedad que clasifica, divide y subdivide a los hombres, no puede manifestarse más que como una aberración.

Pervirtido ese instinto como todos, nada más fácil que practicarlo como sinónimo de conformidad al orden social, pero que está muy lejos de llegar a esa vida libre y feliz que no puede desenvolverse sino regida por las leyes naturales.

COSTA ISCAR

Paris-mayo-1912

Por la interpretación positiva de un episodio social

En la vida política y social de la urbe barcelonesa se halla poderosamente latente el resquemor debido a los sucesos inolvidables de la ya histórica «semana trágica».

Ausultando las manifestaciones más salientes del ambiente ciudadano, para intentar una concepción inmediata de sus orientaciones, factores preponderantes y demás caracteres psico-sociológicos, he hallado acto seguido la citada resultancia, tan definida y caracterizada que me parece oportuno señalarla, aún cuando al hacerlo me exponga a incurrir en lo que es hoy un lugar común dentro de la crítica relacionada con dichos acontecimientos.

Con todo, confieso que prefiero esto a hacer como cierto intelectual americano, pseudo-anarquista, quien pocos días antes de estallar la tremenda protesta del pueblo barcelonés contra la guerra, envió una crónica a *La Protesta*, de Buenos Aires, en la que afirmaba que aquí todo estaba muerto y que nada podía esperarse en cuanto a rebeliones del, según él, completamente decaído espíritu popular...

Oreo, pues, que la observación del hecho evidénciamente, constatada por quien como yo ha permanecido lejos de lo ocurrido en esta capital de unos seis años a esta parte, bien puede constituir una apreciación sintomática digna de análisis y reflexión.

Eso no obstante, estimo aún más oportuno insistir en lo que considero justa y positiva interpretación de un acontecimiento social que tal influjo sigue ejerciendo en todas las manifestaciones de la vida barcelonesa, en vista precisamente de la frecuencia con que una observación tan resaltante es explotada, según veo, por los diversos bandos de opinión, al juzgar los referidos hechos y sus consecuencias con criterio restringido y particularizado, o al tenor del afán de proselitismo y demás conveniencias partidistas; pero con gran detrimento de la verdad y por consiguiente, en perjuicio de los conceptos positivos de emancipación y de la realidad social.

Sabido es que tal sucede en la mayoría de los casos de esta naturaleza, por preponderar la pasión sobre el raciocinio y la demostración experimental. Por eso, a pesar de que se haya sintetizado desde el principio la significación primordial de aquel gesto popular, esto es: su carácter genuinamente proletario y su atinencia con la antitesis de las clases sociales que, según Marx, contiene el proceso de la sociedad moderna, denominada, capitalista; a pesar de esto, repito, como quiera que tal concepto dista demasiado de ser el que se halla más al alcance de la comprensión popular, perduran y tienden a acrecentarse multitud de conceptos arbitrarios sobre las causas, factores y consecuencias de los sucesos a que se ha hecho mención, lo que da por resultado diferir que se adueñe de las conciencias la evidente necesidad de una transformación social como la que propiciamos los que nos comprometamos de los destinos a que camina la Humanidad, según las leyes de la evolución.

No es ello de extrañar aunque encuentre en nosotros tenaces opositores, porque, como ya se ha dicho, suele suceder que las manifestaciones del espíritu colectivo sean interpretadas a piacere, pese a la evidencia de su verdadera significación que sólo algunos cerebros cultivados y serenos se hallan en estado de poder formular de inmediato. Por lo común, transcurrido el momento histórico,